

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 5

EL CULPABLE

16 cts.



—¡habla claro, infame!

EL CULPABLE

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Círculo», Gran Vía Layetana, 55 - Barcelona)

I

Ambicioso y de avieso carácter, Roberto Gordon aborrecía con odio mortal a Juan Long, el propietario de un vastísimo rancho que lindaba con sus extensas propiedades.

De naturaleza obstinada y pectan-ciosa, Gordon había ya sostenido con Long varias disputas que, por un milagro, no degeneraron en una lucha sangrienta, a tirca de revól-ver.

Amenaba Gordon a su enemigo de que su finca tenía los límites mal trazados y, mediante amenazas, quería obligarle a que los modificase, cediéndole varias millas de tierras, las mejores y más ubérrimas del rancho.

Pero Long, consciente de su derecho y de su justicia y, además, hombre valeroso y enérgico, no accedería jamás a tal despojo.

Cierto atardecer se hallaba Roberto Gordon al acecho en determinado lugar de su propiedad, cuando sus ojos percibieron la silueta de su enemigo que se paseaba acercándose hacia el sitio donde aquél se hallaba escondido.

—¡Ha llegado el momento de solucionar de una vez para siempre este conflicto! —se dijo a sí mismo Gordon, examinando el revólver de que iba armado.

En todo lo que abarcaba la vista no se veía ser viviente. Los numerosos trabajadores que uno y otro propietario empleaban en las faenas de sus fincas se hallaban atareados lejos de aquel paraje.

Roberto Gordon, llena la mente de los propósitos más siniestros, sa-

lió al encuentro de Juan Long, adentrándose en su rancho.

Irritado y severo éste le preguntó:

—¿Quién le ha dado a usted permiso para entrar en mi propiedad, Roberto Gordon?

Lanzó éste una risotada de desprecio replicando:

—Demasiado sabe usted, Long, que el suelo que en este momento pisan mis pies y mucho más me pertenece en buen derecho... ¡usted me lo usurpa, Long!

—¿Cuándo lo reconocerá usted así?

—¡Jamás!

—¿Es ésta su última palabra?

—¡Naturalmente!

—¡Piénselo usted bien, Long! —insistió Gordon con acento y ademán amenazador, acercando su rostro crispado por el odio al de aquél. —Las consecuencias de esta conversación podrían ser terribles si en ella no llegamos a un acuerdo, es decir, si usted no accede a mis razonadas y justas demandas.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿No lo adivina?

—Me gusta que se me hable claro! —declaró Long, cuya mano diestra ante la actitud de aquel hombre, cogía, crispada, la culata del revólver.

Y añadió, exaltado:

—¡Pero qué me importan sus bravatas y sus amenazas! ¡Me burlo de ellas, las desprecio, lo mismo que a usted, Gordon! ¡Lo mismo que a sus insensatas, beclias y ambiciosas demandas!

—Por lo tanto, lárguese de aquí. ¿Me oye usted? ¡Lárguese! ¡Yo se lo mando!

Amenaba tanto el fuego de sus

ojos y la decisión que expresaban sus facciones, que Roberto Gordon, que en el fondo era un cobarde, como todos los matones y traidores, intimidado retrocedió un paso, exclamando:

—¿Se acordará usted, Long, se acordará usted?

—¡Ira del cielo! ¡Todavía emplea usted su lenguaje bravurón! ¿No le he dicho que desprecio sus amenazas? ¿O prefiere usted que ahora mismo dirimamos nuestros antagonismos, nuestra antipatía, a tiro limpio?

«Si es así, saque usted el revólver y caiga el que caiga!»

En vano esperó Long unos momentos una respuesta a su franco y valeroso reto. Roberto Gordon encerrase en un silencio sombrío y, livido de rabia y de despecho, volvió la espalda, alejándose.

Juan Long hizo lo mismo, continuando su paseo de inspección por su soberbia finca, sin cuidarse siquiera de dirigir una mirada a su enemigo.

Y, sin embargo, éste no había abandonado aún el suelo que codiciaba.

Rumiando siniestros proyectos de venganza, apenas llegó a cierto recordo, tendiose entre los altos y espesos matorrales, sabroso y abundante pasto para los numerosos caballos de su aborrecido vecino.

Long asomó la cabeza cautamente, diviso la sombra de Long a unos treinta metros de distancia, proyectada sobre un sembrado.

Entonces y casi seguro de no errar el blanco, pues era un tirador excepcional, empuñó el revólver y apuntó.

Sonó en seguida un disparo al que hizo eco un grito de dolor.

El cobarde Gordon, lanzando un alarido de odio satisfecho, de venganza cumplida, vió cómo su enemigo se tambaleaba y caía de espaldas, retorciéndose en el suelo que enrojecía su propia sangre.

—¡Que vaya al infierno!—mur-

muró con voz rencorosa—. Nadie sabrá quién ha sido el matador, porque nadie me ha visto y, por lo tanto, nadie sospechará de mí.

Tranquilizado por esta certidumbre en la impunidad de su odioso y cobarde crimen, el miserable Roberto Gordon huyó de su escondite.

De vez en cuando erguía su elevada y corpulenta figura para cerciorarse de que su enemigo continuaba tendido en el suelo, quizás ya cadáver y mudo para siempre.

La única inquietud que atormentaba su tenebrosa conciencia se la producía el pensar que alguien pudiera acudir casualmente junto a Long y recoger de sus moribundos labios una acusación contra él...

Y una de las veces que se detuvo para mirar hacia el sitio en que de una manera tan fulminante se había desarrollado el drama que acabamos de referir, sintió que de todos los poros de su cuerpo le brotaba un sudor de hielo.

—¡Condenación!—rugió el malvado—. ¡Estoy perdido!

Al mismo tiempo, esgrimió de nuevo el revólver como si se dispusiera a repetir su infame hazaña de asesino.

No era infundado el terror del miserable homicida. A lo lejos, alguien había visto caer a Long, mortalmente herido y acudía corriendo veloz en su auxilio.

Era nada menos su administrador y mejor amigo, el ingeniero Tom Larkin.

Cuando llegó junto al herido, al cabo de unos minutos, se inclinó sobre él e incorporóle en sus brazos.

—Amigo mío—exclamó—. ¿Qué te ha pasado? ¿Eres víctima de una desgracia o de un crimen? ¡Habla!

Pero Long se hallaba ya agonizante. De su noble pecho continuaba brotando la sangre. Los espantados ojos de Larkin vieron en el suelo el revólver de su rico y desgraciado amigo, y su enorme sombrero blanco.



Le sorprendió el honrado Larkin hablando con Dora.

La mirada del moribundo estaba fija con una insistencia extraña en esa última prenda, como si quisiera darle a comprender que en ella había la acusación que no podían expresar sus labios.

Así era en efecto, en el interior del sombrero, sintiéndose morir por instantes, sin que nadie acudiese en su auxilio y pudiera, por lo tanto, recoger de sus expirantes labios la denuncia contra su cobardía y traicionero enemigo, el desdichado había escrito dos palabras tan sólo.

Pero esas dos palabras eran una formidable y clara acusación.

Gordon acesnal, pudo trazar con pulso inseguro el infeliz con un lápiz lúteo en el umbral de la muerte.

Antes de que cruzara por su espíritu esa idea, unida a la certeza de que había llegado para su alma el momento de volver hacia su Creador, intentó en vano incorporarse, consiguiendo sacar el revólver.

Pero advirtió que ya no le quedaban fuerzas para manejar esa arma. Sus torpes dedos operaron involuntariamente el gatillo y la soledad y el silencio de la campiña que habían con resplandores de incendio los rayos del sol poniente, fueron turbados por una detonación.

Entonces fué cuando el matvado

Gordon volvió en su huida la cabeza por décima vez, perribiendo a lo lejos la figura de Larkin.

Las preguntas más variadas y alarmantes se atropellaron en la mente del homicida.

¿Qué hacer? ¿Estaría ya Long muerto o solamente herido y en disposición de declarar lo ocurrido? El ardiente anhelo de matar brilló espantosamente otra vez en las feroces pupilas de Gordon.

¿Por qué no acabar también con Tom Larkin cuando estuviere junto a su amigo? La justicia, hallando los dos cadáveres tan cerca, no cía y torpo como de costumbre, supondría que habían disputado y quitándose la vida mutuamente...

Y tal vez habría llevado a cabo este siniestro propósito si cuando ya alargaba el brazo, a cuyo extremo brillaba el arma mortífera, sus ojos no hubiesen visto que acudían otras personas, varios trabajadores de Long, al lugar del suceso.

Entonces, barbotando blasfemias y maldiciones, Gordon prosiguió su huida, deslizándose como gigantesco reptil.

No le había dado de que su crimen sería descubierto y que la justicia haría a aquel mismo día a las puertas de su casa.

En tanto el desdichado Long expiraba en los brazos de su amigo Larkin, bajo la mirada piadosa y



Se había caído del caballo el profesor de baile.

consternada de un grupo de empleados suyos.

Ninguno sospecho la verdad... A nadie se le ocurrió pensar siquiera que aquel corazón tan valiente y generoso lo había paralizado una mano enemiga...

La muerte de Long se atribuyó a un accidente desgraciado y fortuito... ¡El mismo, sin intención empero de suicidarse, se había atravesado el pecho de un balazo!

El hecho de que faltaba una bala en el cargador del revólver confirmaba esta absurda versión.

Y, admitida por el juez, el asesinato de Juan Long fue interpretado como homicidio involuntario.

La noticia del trágico suceso se propagó por los dos inmensos ranchos como un resaca de pólvora.

Uno de sus empleados se la dió al perverso Gordon, que, lleno el cerebro de pensamientos de ruina y perdición, apenas llegó, extenuado de fatiga el cuerpo y reforzada la conciencia por el recordamiento, pero no de ese recordamiento honroso y sincero, que suelen experimentar las conciencias sanas, sino de ese otro que en los criminales desencadena el león al castigo, encerró en su despacho.

Cuando oyó llamar a la puerta, un temblor convulsivo sacudió su corpachón.

Sus facciones asumiéron una lividez terrosa.

—¡Voy a darle a usted una mala noticia, señor Gordon!—dijo su subordinado.

Gordon lo miró silencioso e interrogante, incapaz de hablar, como si una mano de acero le oprimiese la garganta.

—¡El señor Long ha muerto! ¡Se ha matado el mismo, sin querer o voluntariamente!

Escapese de la garganta del traidor un ruego alarido de pánico y poniéndose en pie de un salto, exclamó:

—¿Qué dice usted? ¡Long se ha suicidado? ¡Imposible!



Larkin y sus cow-boys.

No afirmo que se haya suicidado! ¡Se le ha encontrado moribundo en un sendero de su rancho!... Se dice y afirma que ha sido víctima de un percance funesto y que una bala de su propio revólver le ha quitado la vida.

—¿Quién dice eso. ¿Quién afirma eso?

—¡El juez!

Roberto Gordon meditó unos momentos y de improviso declaró:

—Venga usted conmigo! ¡Pobre Long! ¡El no me quería muy bien! En cambio, yo lo apreciaba de un modo sincero y amistoso! ¡Que descansase en paz! ¡Vamos a rezar una oración junto a sus mortales despojos!

El malvado, en aquel instante, no era dueño de contrariar el impulso de ver a su víctima... Este impulso, esta irresistible atracción que en muchos criminales ejerce su víctima, obligándolos a visitar el sitio en que realizaron su delito, ha sido causa en muchas ocasiones de su detención.

II

Un mes después, las vastas propiedades del difunto Long las heredaban su admirador y amigo, Tom Larkin, y su sobrina Dora Sheridan, por partes iguales, de acuerdo con las disposiciones testamentarias de aquél.

Residía Dora en la ciudad de Chicago, y era una encantadora muchacha con quien la Naturaleza se había mostrado en extremo pródigo en dones. Bellísima y rica, no pensaba más que en divertirse, y creía que había nacido solamente para gozar y reír.

Nada tiene, pues, de extraño que, dotada de un carácter tan frívolo escribiera a su coheredero Tom Larkin la siguiente carta:

«Señor Larkin: He dado permiso a mi maestro de baile para que establezca en el rancho su escuela de verano. Llegaremos en el expres del sábado y conto y espero de su amabilidad que encontraremos a la arreglada conforme al deseo que le comunique.

«Un saludo afectuoso de

«DORA SHERIDAN.»

Estas breves líneas suscitaron en su destinatario, cuando las leyó una sonrisa de amargura y enojo.

Tom Larkin era un hombre tan austero como honrado. Joven y de agradable y arrogante figura, había hecho del trabajo una especie de religión, y su insalvable afán no tenía por móvil el mezquino interés de acumular riquezas, sino que obedecía a otro motivo más noble: el de emplear su existencia en algo útil, provechoso y digno.

Había transcurrido muy poco tiempo desde la muerte de su entrañable amigo y bienhechor Juan Long, y ni un solo minuto desde aquel día aciago cesó de pensar en su malogrado fin, con una piedad tan grande como su gratitud.

La duda acibaraba su vivir. Se reprochaba, en lo íntimo de su ser, la precipitación con que interpretara la causa de su muerte.

La pregunta de qué mano execrable y misteriosa había hundido en la muerte a aquel hombre tan bueno, leal e inteligente, acudía a su inquieto cerebro con frecuencia.

De buena gana habría cedido los crecidos bienes que de una manera tan trágica como inopinada habían llegado a sus manos por saber la verdad.

Ya estaba convencido de que esa verdad no era la que la justicia admitiera, después de oídas sus declaraciones.

La muerte de su amigo encerraba un misterio que era preciso descifrar.

Roberto Gordon poco después, sonriendo aviesamente y golpeándole el hombro con la diestra le decía a Larkin con acento sarcástico:

—Vengo a felicitarle la grandísima suerte que ha tenido usted, Tom Larkin!

—¿Suerte? — balbuceó éste perplejo.

—¡Naturalmente! ¿Pues qué, no fué suerte la que tuvo usted hace poco más de un mes, de que sonase un disparo, cuya bala alcanzó por casualidad en mitad del pecho al pobre Long, convirtiendo a usted, un modesto ingeniero, en un potentado?

—¡Ah, ah! La verdad es que la casualidad—y volvió a recalcar la palabra—, tiene a veces ojos de lince para adivinar las secretas ambiciones de los hombres. ¿No es cierto, Larkin?

Esto, pálido de ira, le asió a Gordon una severa mirada, respondiendo:

—Le contestaré a usted cuando se exprese con mayor claridad, cuando me diga el sentido que encierran sus palabras.

—¡Voy a complacerle, amigo! Siempre digo lo que quiero decir, y en esta ocasión no he querido decir más que lo siguiente: ¡que el único que podía sacar provecho de la muerte de Long es usted! ¡Y esto es muy significativo—muy sospechoso!

Tom Larkin lanzó una imprecación y mientras con la mano izquierda agarraba al malvado Long por un

hombro, le acercó al rostro su puño derecho, exclamando:

—¡Lengua venenosa y calumniadora! ¡Habla claro, más claro aún, infame! ¡Porque así nos entenderemos! ¡Canalla! ¡Has de saber que si la sangre de mi amigo la derramo un brazo de Cain, yo gastaré hasta el último centavo por descubrirlo...

—¡Bah!—replicó Gordon con abominable cinismo—. ¡Demasiado sabe usted que la justicia tiene una venda en los ojos para descubrir a ciertos culpables y la espada mellada para herirlos!...

—¡Por lo demás, no quiero separarme de usted en esta ocasión sin ofrecerle mi ayuda y mi concurso para desenmascarar al culpable, si es que existe!

—¡Será conveniente para ambos, señor Gordon, que nos veamos y hablemos lo menos posible! ¡Voy a darle un consejo! ¡No se cruce usted jamás en mi camino ni se intermiscuya en mis asuntos!

—¡Luego me considera usted un amigo?

—¡Me inspira usted la misma aversión que al difunto Long!

Roberto Gordon hizo una grotesca mueca de hipócrita asombro, exclamando:

—¡Qué disparates se le ocurren a usted hoy, Larkin? ¡El desdichado Long no me mostró nunca ni sombra de antipatía! ¡Nunca! ¡Oye usted? ¡Puedo decirlo bien alto!

—Y yo también puedo afirmar que mi querido amigo y jefe lo aborrecía desde lo profundo de su corazón!—replicó Larkin con creciente vehemencia—. ¡En fin, sea-bemos este enojoso diálogo! ¡Cúlese usted, en lo sucesivo, de sus asuntos, que a mí solamente me interesan los míos! ¡Y que sea esta la última vez que disputamos!

Esto diciendo, Tom Larkin señaló a Gordon el camino por donde había llegado un cuarto de hora antes.

Aquí¹ menguó de hombres, por

toda respuesta, y marchóse sonriendo y gozoso del dardo ponzoñoso disparado contra aquel hombre sin tacha.

Habían presenciado la breve y acalorada discusión de los dos hombres unos cuantos trabajadores de Larkin.

Pensativo y sombrío ésta vio cómo se alejaba Roberto Gordon; de pronto, como si hablase consigo mismo, murmuró:

—Las insinuaciones de ese hombre tan falso como malvado, arraigan en mi espíritu la certeza de que Long... fué asesinado! ¡Ah! ¡Por qué no pudo hacer uso de la palabra antes de exhalar el último suspiro?

Uno de los robustos *cow-boys* que lo escuchaban objetó:

—¡Nuestro pobre amo quizás aún pudiendo hablar, no habría denunciado a nadie! ¡No se le conocía enemigo alguno, cayó en su propia finca y, como supuso el juez, una bala de su propio revólver, acabó con su vida, tan útil como laborioso!

—¡Por lo tanto, señor Larkin, es inútil que trate usted de descubrir al culpable de un crimen imaginario!

—¡Esto solamente lo sabe Dios! Por mi parte, no me voy a conceder un momento de descanso; ni a reparar en sacrificio alguno hasta averiguar la verdad, la verdadera verdad.

—Y ahora mismo voy a comenzar mis pesquisas!...

—Entretanto ustedes—añadió indicando a cuatro robustos mozos—irán a Baryl a marcar los nuevos hoceros...

—Y usted, querido Tey—dijo al *cow-boy* que un instante antes había hecho uso de la palabra—, queda encargado de ir a la estación para recibir a la sobrina del difunto Long, la señorita Dora Sheridan y su cortejo de bailarines y holgazanes! A mí me impiden ir a recibir los urgentes e importantes trabajos.



De regreso de un viaje...

Dadas estas ordenes, el nuevo propietario montó en su magnífico caballo, y partió al galope.

No se había extinguido el ruido de las pisadas del veloz animal, que se alejaba envuelto en una nube de polvo, cuando el *cow-boy* Tey extrajo de uno de los bolsillos de su chaqueta una revista ilustrada y abriéndola preguntó a sus compañeros:

— ¿Queréis conocer a la hermosa viajera, nuestra nueva dueña, que hoy llegará a esta finca acompañada de varias lindas jóvenes más alegres que unas castañuelas?

Esta pregunta produjo una especie de tumulto entre los rudos *cow-boys*.

Todos se agruparon alrededor de Tey, devorando con los ojos la esbelta estatua de la hermosa mujer cuyo retrato llenaba una página de la revista y a cuyo pie se leía lo siguiente:

T
O
M

T
Y
L
E
R



— ¿Me cree usted culpable? —

EL CUL- PA- BLE

Interpretación
cinematográfica de los
«ases» del
FAT - WEST



Otro altercado entre Larkin y Gordon

La bellísima señorita Dora Sheridan, que se ha revelado como una genial artista en una revista musical estrenada en el Club de los Milonarios.

— ¡Vaya una muchacha guapa! — alabó un *cow-boy*.

— ¡Qué ojos y qué cuerpo! ¡Es una Venus! — exclamó otro.

— ¡Hermosa como un lucero! — aseguró un tercero, y así por el estilo, los rudos *cow-boys* fueron rindiendo homenaje a la belleza y la seducción de la nueva patrona.

Conocer del carácter indulgente y bondadoso de Larkin, Tey propuso:

— ¡Que espere los hermanos, muchachos! ¡En vez de ir hoy a marcarlos, vendréis conmigo a recibir a nuestra bellísima dueña! ¡Portémonos con esa bellera sin igual como unos perfectos y valientes caballeritos!

C
H

I
S
P
I
T
A

Esta proposición fué acogida con un rugido de entusiasmo.

Dos horas después Tey saludaba a la bellísima viajera, diciendo:

— ¡Todos esos hombres, lo mismo que yo, obedecerán ciegamente sus órdenes, señorita!

— Pero... ¿y Tom Larkin? — preguntó la bella Dora buscando inútilmente con los ojos la arrogante figura de su coheredero.

— El señor Larkin no ha podido venir!

— ¿Por qué? ¿Acaso está enfermo?

— ¡No, señorita!

— Entonces... — objetó la preciosa criatura haciendo un gracioso mohín de disgusto.

El *cow-boy* Tey repuso:

— Se lo han impedido urgentes asuntos.

Iba a decir algo Dora cuando se lo impidió Roberto Gordon, que se acercó a ella, sonriendo y con la diestra extendida, diciendo con la mayor amabilidad del mundo:

— ¡Mi más cordial bienvenida, señorita! ¡Cuánto ha crecido usted desde que la vi por última vez, hará unos cuatro años! ¡Y qué hermosísima es!...

— Gracias, señor Gordon, por su amable agasajo. ¡Me disgusta que el señor Larkin no se haya mostrado tan cortés como yo esperaba, saliendo a recibirme!

La pequeña estación se llenó de risas alegres y juveniles, de perfumes y de caras bonitas en aquel momento. De otros coches descendieron con bulliciosa algarabía un enjambre de lindas muchachas, mezcladas con las cuales se veía un hombre de unos treinta años...

Era el profesor de baile Rodolfo Percibál, que, a pesar de su excesivo volumen, tan inadecuado en un bailarín, conservaba unos pies ágiles y una cabeza despejada y afrosada.

Roberto Gordon, sonriendo aviesamente a las palabras que proman-

ciara la guapa Dora, dijo misteriosamente:

— ¡No creo que sea ésta la única desagradable sorpresa que le ocasiona la conducta del señor Larkin! Ojala, sin embargo, me equivoque, pero estoy cierto de que no harán ustedes buenas migas, como vulgarmente se dice!

— ¡Y ahora, señorita, tenga la bondad de aceptar mi coche, en el que viajará usted con perfecta comodidad!

Unos momentos después, Dora y su hermano ocupaban el vehículo del infame Roberto Gordon.

Su cortejo, es decir, las jubilosas y parlanchinas artistas que la acompañaban en aquel viaje de recreo y el maestro de baile, se acomodaban en el que habían viajado los *cow-boys*!

Pusieron en marcha los carruajes, regresando Larkin al rancho en el preciso momento en que descendían de su vehículo las alegres muchachas y su profesor de baile.

— ¿Que hacéis aquí, muchachos? ¿De este modo cumplís mis órdenes? ¿No os he mandado ir a marcar los becerros?

Estas preguntas iban dirigidas a los *cow-boys* que habían acudido a la estación a recibir a su bella y joven dueña y las pronunciaba Larkin.

Dora, que llegó a la línea con varios minutos de anticipación, acudió en auxilio de los rudos mozos, y encarándose con el severo propietario le preguntó a su vez:

— ¿Es usted el señor Larkin, verdad?

— En carne y hueso, señorita y, además, un respetuoso servidor de usted.

— ¡Me resisto a creerlo!

— ¿Por qué?

— Porque en tal caso se habría usted apresurado a venir a recibirme...

— ¡Requerías aquí mi presencia importantes menesteres!

— ¿Más importantes que mi de-



Larkin recibe la carta de Dora.

grada y que mi persona, no es cierto?

— ¡No se enoje usted, señorita, y discúlpeme!—se excusó Larkin con seria sencillez—. ¡Tenga la certeza de que su persona me merece la más grande consideración y un leal afecto!

—Espero que me demuestre usted pronto lo que dice...

Tom Larkin miró un momento con fijez a la bellísima muchacha, y sonriendo ligeramente, volvió el rostro hacia el grupo de *cow-boys*, diciéndoles:

— ¡Enseñad el edificio a estas señoritas, y luego al trabajo!

El profesor de baile intervino en la conversación mostrando al elegante y encantador enjambre femenino:

— ¡Vamos, muchachas! Después de un viaje tan largo y emocionante, es preciso hacer un poco de ejercicio!

En clamoroso tropel los *cow-boys* montaron sus caballos.

Dora Sheridan les hizo señas de que se esperasen y preguntó a Larkin:

— ¡Puede usted poner a mi disposición un buen caballo? Soy una jineta sin igual, y quisiera dar un paseo...

— ¡Todos los caballos del rancho, señorita, están a su disposición!—repuso Larkin.

« ¡Tey, ve a buscar el mío! — ¡Y mi traje de *cow-boy*! — añadió Dora. — ¡Traigo uno en mi equipaje que me sienta admirablemente! »

« ¡Y a propósito, señor Larkin! ¿Ha preparado y arreglado una sala grande y adecuada para nuestra academia de baile? »

— ¡No, señorita! — contestó el interrogado.

— ¡Pero si lo recomendaba en mi carta!

— ¡Lo sé!

— ¡Por qué no me ha complacido?

Frunciendo el ceño, declaró Larkin:

— ¡Porque esto es una finca agrícola, un rancho, un lugar de trabajo, y no un salón de baile!...

— ¡Sin embargo, yo que soy aquí tan dueña como usted, quiero que sean obedecidas mis órdenes! — exclamó la caprichosa Dora Sheridan con acento irritado—. ¿Lo ha oído usted, Larkin?

Sin responder palabra, éste ordenó a los *cow-boys*:

Bajad, muchachos, y limpiad como una patena, inmediatamente, el granero más espacioso del rancho... ¡Después al trabajo!

Dicho esto, dijo a Dora:

— ¡Y yo, con su permiso, señorita, voy también a trabajar! — e in-



Gordon era un perfecto cobarde, un perfecto canalla...

clinándose levemente, se apartó de la guapa viajera.

III

—¿Adónde va, usted, señorita?— preguntó Roberto Gordon—. ¡Tenga cuidado con ese animal! ¿Quién se lo ha proporcionado a usted?

—El señor Larkin!

—Lo sospechaba!—dijo el miserable con su habitual y pélida sonrisa.

—¿Qué quiere usted decir, querido amigo?

—Que tal vez desea el señor Larkin—respondió el criminal dirigiendo una mirada recelosa en su alrededor como suelen hacer los traidores—que le ocurra a usted un... un... accidente parecido al que le costó la vida a su tío...

—Se lo digo a usted con afecto sincero, con temor...!

—¡Dios mío! ¿Me llena usted el corazón de susto y el espíritu de sospechas!

—Hágame usted caso, señorita! Desista usted de su paseo... y regrese al rancho... ¡Pero... viva alerta y desconfiada!

—¿Por ahora, no puedo decirle más! ¡Siga mi leal y buen consejo, señorita!

—¡Pues no quiero despedirme de usted sin que se explique claramente, sin ambages ni rodeos! ¿Por qué he de vivir alerta? ¿De quién he de recelar?

—Lo sabrá usted esta noche!

—¿Esta noche?

—¡Sí!

—¿Y por qué ahora no?

—Porque es prematuro...

—¿Quién me lo dirá? ¿Usted?

—Probablemente.

Meditó unos instantes Dora Sheridan. Presentía vagamente qué la confianza que acababa de hacerle Roberto Gordon se relacionaba con



De regreso en el rancho...

la muerte de su tío Long, y que no era ajena a ella la persona de Tom Larkin...

Y, sin embargo, no podía pensar respecto de éste, nada que lo rechazase y manchara. A pesar del antagonismo de sus caracteres y de sus aficiones: Dora Sheridan suponía al antiguo administrador de su tío dotado de un noble y hermoso corazón y de un alma elevada.

Secretamente, pues, sentía indignación y dolor escuchando las llamadas insinuaciones de Roberto Gordon.

Luego de meditar unos instantes preguntó:

—Nos veremos, pues esta noche?

—¡Sí, señorita!

—¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Vendrá usted a verme?

—Es muy violento para mí pisar un suelo del que es dueño Tom Larkin!

—Yo soy tan dueño como él!

—¡Naturalmente! ¡Hasta la noche, pues, señorita, y no olvide us-

ted mis advertencias y mis consejos!...

IV

El odio, la maldad y la avaricia habían tramado en la sombra su obra nefasta.

Convencido y sobornado por Roberto Gordon, uno de los *cow-boys* d'el difunto Long, que sentía hacia Tom Larkin una secreta y profunda aversión, aquella tarde se presentó en el despacho del *sherif* de la comarca haciendo declaraciones que habían de poner a Larkin en un grave aprieto.

Así, mientras los que se divertían de lo lindo en la fiesta de Dora turbaban el angustioso silencio de la noche en el rancho Long; mientras el confiado y austero Larkin, profundamente disgustado por lo que ocurría, se paseaba silencioso y meditabundo por una frondosa y solitaria alameda hasta la cual llegaba la algazara del salón de baile; mientras Dora esperaba con una ansiedad rayana en la tortura el esclarecimiento de las palabras de Roberto Gordon, se acercaban al edificio dos agentes de la autoridad.

Tom Larkin vió de pronto destacarse en las sombras que lo rodeaban una sombra más densa, y reconociendo a su fiel Tey, suspendió el paseo:

—¿Qué ocurre, muchacho?

—La señorita le invita a la fiesta!

—Dile que se lo agradezco... pero no puedo aceptar!

—¡Compláscala usted, señor Larkin!—insistió Tey—. ¡Le aseguro a usted que esa señorita desea ser una buena amiga de usted! ¿No la desea? ¿No hace más que preguntar por usted?

Tom Larkin prometió a regañadientes:

—Dile que voy a cepillarme el traje y en seguida iré!

Roberto Gordon era uno de los invitados a la fiesta; se hallaba jun-

to a Dora, y de vez en cuando atisbaba el exterior, como si de las tinieblas anhelara ver surgir a alguien a quien esperaba con impaciencia.

Acercóse Tey a su hermosa dueña, transmitiéndole la respuesta de su amo.

—¡Larkin va a venir ahora!—dijo Dora a Gordon—. ¡Quisiera bailar con él! ¿Sabe usted si baila bien?

—¡No lo sé!—repuso el miserable sonriendo malignamente—. Sólo puedo asegurarle que Tom Larkin, antes que termine la noche, se hallará en un baile.

En aquel momento entró en el bullicioso salón Tom Larkin, cuya figura de varonil prestancia avanzó hacia Dora Sheridan.

Pero antes de llegar a su lado volvió la cabeza hacia la entrada, en la que vió enfocadas todas las miradas.

Entonces invadió sus facciones una palidez de cadáver y su corazón un lúgubre presentimiento.

Dos agentes de la justicia, revolver en mano, avanzaron hacia aquel y uno de ellos dijo con voz clara y rotunda:

—¡En nombre de la ley, queda usted detenido, Tom Larkin!

—¿Yo, detenido?—balbuceó éste retrocediendo un paso.

—Sí.

—¿De qué se me acusa?

—¡Del asesinato de Juan Long! Este revólver fué hallado en el sitio del crimen. ¿Lo reconoce usted?

—Sí... ¡Es mío! Pero lo perdí dos días después de la muerte de Long, no sé dónde...

—¡Lo perdió usted aquel mismo día y cerca de su víctima, con la cual alguien lo vió disputar acaloradamente!

—¡Eso es falso!—rugió Larkin—. ¡Miente quien tal ha dicho! ¿Quién lo repite, miente!

—¡Claudio Myers encontró el revólver, Claudio Myers lo vió a usted disputar con su jefe y amigo!

— ¡Falso! ¡Falso!

— ¡Eso no es de mi incumbencia! La justicia me ha ordenado detenerlo a usted y yo cumplo con mi deber.

— ¡Y yo me rebelo! — bramó Larkin—. ¡Soy inocente y nadie tiene derecho a ponerme la mano encima!

Esto diciendo, dió un empujón al agente más cercano y en medio de un tumulto y una confusión indecible, intentó huir.

Pero no lo consiguió. Involuntariamente le cortaron el paso varios concurrentes a la fiesta y de nuevo cayeron sobre él los agentes de la autoridad.

— ¡No sea usted insensato, Larkin, obligándonos a tratarlo como no queremos! — le dijo no sin cierta afabilidad uno de sus aprehensores.

— ¡Si es usted inocente, como asegura, si las acusaciones que pesan sobre usted son falsas, fácil le será a usted el demostrarlo! — Defiendase usted, Larkin!

Una amarga sonrisa resplandeció en la simpática y atractiva fisonomía del detenido.

Demasiado sabía él cuán poco caso hacía la justicia de aquel Estado de las protestas y juramentos de inocencia de los desdichados a quienes echaba la zarpa!

— ¡Para qué protestar? — Encogiose de hombros.

Custodiado por los dos policías, permaneció, pues, en la misma estancia donde poco antes todo era animación y jolgorio, risas y alegría!

Todos habían desfilado precipitadamente, comentando el desenlace de la velada que tan feliz augurio prometía, de la manera más desolada.

Entre los *coco-bogs*, empero, la opinión era unánime: ni uno solo dudaba de la inocencia de Larkin; y ni uno solo dejaba de aplicar a Claudio Myers los calificativos más duros y despectivos.

Lo exoneraban como al más in-

mundo y embustero calumniador, llamándole *inferno impostor*, *traidor* y *bestia repugnante*.

Muchos de ellos fueron en su busca; no lo hallaron, sin embargo, por suerte para el execrable cómplice del siniestro Roberto Gordon, que no había de gozo en su pellejo.

La desaparición de Tom Larkin equivalía para el asesino de Juan Long al logro de su desenfrenada codicia. Ya se consideraba dueño y señor del rancho de su víctima, porque Dora Sheridan, inmensamente rica de suyo, no titubearía en deshacerse, por el precio que él le ofreciese, de una herencia tan trágica.

Mientras el miserable acariciaba esos halagadores pensamientos, Dora Sheridan, obedeciendo a un impulso de piedad, sentimiento a que son tan propensas las mujeres, aún las más perversas, regresó junto a Larkin.

En extremo emocionada, acercóse al preso, sin conseguir hallar las palabras que expresasen acertadamente la misericordia que su corazón sentaba.

Larkin la dirigió una mirada angustiosa, y, con acento algo inseguro, la preguntó:

— ¡También me cree usted culpable, señorita?

Dora tardó unos instantes en contestar.

— Creo — dijo por fin con voz temblorosa —, que a pesar de todas las apariencias, usted, Larkin, no puede hacer aquello. ¡No, no! ¡Ese horrible crimen no lo cometió su brazo!

— ¡Gracias, señorita! — declaró Larkin, envolviéndola en una mirada de gratitud—. ¡Sus palabras me hacen mucho bien! ¡Siempre las recordaré con gratitud inmensa! Siempre la bendeciré a usted!

— Pero... Larkin, ¿por qué quiso huir usted como un culpable, como quien tiene la conciencia intranquila?

— Conozco bien a la justicia de

este país, y sé que inocente o culpable, me enviará a la bodega sin creer mis palabras de inocencia, sin esperar a que el verdadero culpable sea desenmascarado.

—¿Sospecha usted de alguien?

—¡Concretamente, no! Pero, puesto que Claudio Myers me ha acusado infame y falsamente, él sabrá por qué...

En aquel momento varias voces gritaron en la noche:

—¡Aquí está Myers! ¡Aquí está Myers!

Con los ojos llenos de fuego, Tom Larkin, puesto en pie como impulsado por un poderoso resorte, dijo a sus guardianes:

—¡Encárenme ustedes con ese malvado, con ese calumniador, con ese infame!

Uno de aquellos abandonó el vasto aposento, regresando a los pocos instantes acompañado del delator.

Apenas le echó la vista encima Larkin se abalanzó hacia él, gritando:

—¡Repite ahora tus monstruosas calumnias! ¿Con quién disputé yo el día en que murió mi mejor amigo, el más bondadoso y noble de los hombres? ¡Habla, inundo y degenerado perro!

—Ya le dije al *sherif*—balbuceó el impecator—lo que sabía... ¡Ahora no quiero hablar ni una palabra más!

Uno de los guardianes declaró:

—Los llevaremos a los dos a presencia del *sherif*. ¡Comienza a clarear!—añadió abriendo el horizonte, que empezaban a teñir las primeras tintas de la aurora—. Ahora mismo emprendiremos la marcha.

La despedida de Tom Larkin y Dora Sheridan fué tan breve como emocionante.

Aquel, alargándole su diestra, le dijo:

—Señorita, no rechace usted esta mano. ¡Es la de un hombre leal y honrado y nunca se ha movido a impulsos de un pensamiento deshonroso o mezquino!

—¡Le erro a usted, Larkin!—declaró Dora con voz trémula y los ojos arrasados de lágrimas.

—Que Dios la bendiga colmándola de toda suerte de dones y felicidades.

En el despacho del *sherif*, Tom Larkin repitió, casi palabra por palabra, aquella mañana, las declaraciones que ya constaban en el sumario del trágico suceso.

Pero esta vez añadió:

—Mi respetado e inolvidable amigo cuando expiró en mis brazos, sin poder pronunciar una sola palabra, parecía tener concentradas en los ojos la escasa vitalidad que en su organismo había... como si con la mirada se esforzase en revelarme lo que no podían decir sus labios...

—Pero yo no entendí su mudo lenguaje.

—¿Y adónde miraban sus ojos, en qué dirección?—inquirió el juez.

—¡Los tuvo fijos en su gran sombrero de fieltro blanco hasta que la muerte apagó la luz que brillaba en sus pupilas!

—¿En su sombrero?

—¡Sí, señor juez!

—¿Conservan ustedes esa prenda?

—¡Como una reliquia!

—Voy a telefonar ahora mismo al rancho Long para que la traigan lo antes posible.

Una hora después, el *carruaje* Toy se detenía en jadeante caballo a la puerta de la morada del *sherif*.

Apenas tuvo en sus manos éste el sombrero del difunto, comenzó a examinarlo detenidamente por fuera y por dentro, en medio de un silencio sepulcral.

De pronto se escapó de sus labios un grito de triunfo.

—¡Ya está descubierto el enigma! ¡Ya conozco al verdadero culpable! Aquí está su nombre, escrito por la propia víctima, cuya

letra conocía yo tan bien como mi propio rostro...

— ¡Mire usted, Larkin!

Este se acercó leyendo en voz alta:

— ¡Gordon asesino!

Luego, encarándose con Claudio Myers, le aulló:

— ¡Qué dices ahora, granuja? ¿Qué mercedes?

El interpelado, sacudido por un temblor convulsivo, más pálido que la muerte, bajó la cabeza anonadado.

El juez intervino:

— ¡Todo se me aparece claro ahora como la luz meridiana! El infame Gordon es quien ha movido a este malvado como a un peble, haciéndole declarar lo que él quiso, lo que le convenía. ¡Atrévete a negarlo!

Claudio Myers continuó silencioso e inmóvil como una estatua.

— ¡Queda usted en libertad, amigo Larkin, y márchese tranquilo! Los mismos hombres que le han detenido a usted, con no poco recelo y gran sentimiento de su parte, me traían maniatado al culpable Gordon.

Dos horas después, Dora Sheri-

dan, que en vano había tratado de conciliar el sueño, vio acercarse a la finca a Tom Larkin, jinete del caballo en que Tey había salido tres horas antes con el sombrero de su difunto tío.

— ¡Raina y Madre de Misericordia! ¿Qué significa esto? — exclamó juntando las manos y elevando al cielo sus hermosos ojos.

Lo supo poco después cuando Larkin, al mismo tiempo que la enteraba de la detención del matador de su tío, le anunciaba su propósito de abandonar el rancho para siempre.

Dora se apoderó de sus manos, suplicándole:

— ¡Usted se quedará aquí, conmigo, para enseñarme la finca, y luego firmaremos un contrato de sociedad leal y eterna! ¿Qué me contesta?

Larkin no supo qué decir. Pero es lo cierto que nunca en un corazón de hombre produjeron unas palabras de mujer, dulces y cariñosas, una dicha tan inmensa y completa como la que aceleró los latidos del suyo.

— ¡Niña, hermosa y adorada niña! — balbuceó el ingeniero, hoy esposo feliz de la encantadora Dora.

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCIÓN

DE SEÑORITO A YAQUERO

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PRÓXIMA

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 108 - BARCELONA

Impresores gráficos VECCHI. — Rocafort, 325. — Barcelona